

A historia del hambre es tan antigua como la historia del ser humano. En varios pasajes de la Biblia se alude directamente a situaciones de inanición colectiva; en el libro de los Reyes incluso se menciona un caso de forzada antropofagia: «Esa mujer me dijo: "Dános a tu hijo, lo comeremos hoy, y mañana comeremos a mi hijo. Cocinamos a mi hijo y lo comimos..."». Las plagas de hambre no son exclusivas de los antiguos pueblos del Cercano Oriente. En Europa, desde el siglo IX hasta el Renacimiento, se produjeron más de cuatrocientas epidemias de hambre. Esta dramática historia se desarrolla sin interrupciones hasta nuestro siglo. Desde el año 108 a. de J. C. al 1911, China ha sufrido mil ochocientas veintiocho hambrunas (casi una por año); a causa de la acaciada en 1877 murieron nueve millones de personas. Las crisis de hambre habidas en la India representan la cuarta parte del cómputo histórico universal; solamente en la región de Bengala, en 1770, perecieron diez millones de seres humanos. En la zona Nordeste de Brasil, a causa de las prolongadas sequías, suelen producirse con cierta frecuencia trágicas hambrunas: la última —cuyas sangrientas consecuencias (asaltos a trenes, muertes violentas, duras represiones) no han trascendido en su justa proporción a las páginas de la prensa— ha tenido lugar hace apenas tres meses.

Y es que el hambre no sólo es parte integrante de la historia presente, sino que pesa amenazadoramente sobre el desarrollo de los tiempos venideros. Como indica François Lery, «el problema alimenticio del mundo es todavía más grave de lo que uno se imagina: se trata no solamente de calefatear el viejo barco de la Humanidad para permitirle navegar mejor, sino de duplicar su tonelaje, lo que supone la puesta en obra de técnicas y de medios enteramente renovados». En efecto, el acelerado crecimiento demográfico de la población mundial inutiliza cualquier tipo de previsión a corto plazo. Hace tres siglos, la Tierra estaba habitada por

quinientos millones de seres; en el año 2000, la población de nuestro planeta habrá rebasado los seis mil millones de habitantes. La expansión demográfica sobrepasa un porcentaje del 2 por 100 anual. Y, sin embargo, las disponibilidades de alimentos crecen a un ritmo notablemente inferior.

Por desgracia, este tipo de consideraciones preocupa muy escasamente a los sujetos no directamente afectados por la amenaza del hambre. De vez en cuando, a través de una escueta noticia escondida en las páginas interiores de un periódico, nos enteramos de que en tal o cual país han muerto, a causa del hambre, varios miles de personas. Esas hambres lejanas, casi exóticas, no llegan casi nunca a traumatizar nuestro apetito. Los resultados deportivos y los cotilleos sobre la «high society» ocultan con sus brillantes imágenes en técnico el negro rostro del hambre.

#### GEOGRAFIA DEL HAMBRE

Algunos pudibundos sociólogos, en lugar de emplear la palabra «hambre», hablan de «sub-alimentación» o de «hiponutrición». Es una forma piadosamente elíptica de designar una realidad incontrovertible. O quizá un aséptico eufemismo. En todo caso, el término «sub-alimentación» es poco expresivo, excesivamente abstracto. Josué de Castro comenta a este respecto: «Cuando fui elegido en 1952 presidente del Consejo Ejecutivo de la FAO, no se hablaba jamás de "hambre" en las discusiones de este organismo, sino, púdicamente, de "sub-nutrición". Yo he conseguido liquidar el tabú y hacer entrar la noción del hambre en la mentalidad oficial...». Si ha sido arduo y laborioso introducir el vocablo «hambre» en el seno de un organismo internacional dedicado precisamente a solventar problemas nutricionales, uno se explica perfectamente que cualquier alusión a estas cuestiones constituya, para la mayoría de los seres humanos suficientemente alimentados, un simple ejercicio de recep-

ción pasiva de retórica filantrópica.

Pero el hambre, llámesela como se la quiera llamar, existe. El setenta por ciento de la actual población mundial —aproximadamente dos mil trescientos millones de personas— vive en condiciones de sub-nutrición: en unos casos, por alimentación cuantitativamente insuficiente; en otros, por desequilibrios dietéticos originados por la ausencia o escasez de determinados elementos nutritivos (vitaminas, minerales y, sobre todo, proteínas).

Hasta hace algunos años, la valoración nutricional se computaba en función de un solo factor: el calórico. Se pensaba que, si se consumían unos determinados niveles energéticos (establecidos en relación directa con el «desgaste» del individuo y su corpulencia), las raciones alimenticias cumplían adecuadamente su cometido; y se consideraba, por ejemplo, que un sujeto «standard» (veinticinco a

treinta años de edad, 65 kilos de peso, ocho horas diarias de trabajo activo, salud normal, habitante de clima templado, etc...) precisaba, para estar correctamente alimentado, 3.000 ó 3.200 calorías diarias. Estas exigencias, aunque sometidas a importantes variaciones procedentes de muy diversos factores (edad, metabolismo, vestido, clima, situaciones especiales tales como crecimiento, lactancia, gestación...), son naturalmente correctas desde un punto de vista científico; y, en efecto, el consumo de calorías suele guardar estrecha conexión con los distintos niveles de vida de los individuos y grupos humanos. En este aspecto, se puede asegurar que aproximadamente el 80 por 100 de la población mundial está afectado por un bajo consumo calórico. La segunda encuesta mundial de la FAO (Food and Agriculture Organization of the United Nations) arrojaba los siguientes porcentajes:

REPARTO DE LA POBLACION SEGUN LAS DISPONIBILIDADES EN CALORIAS

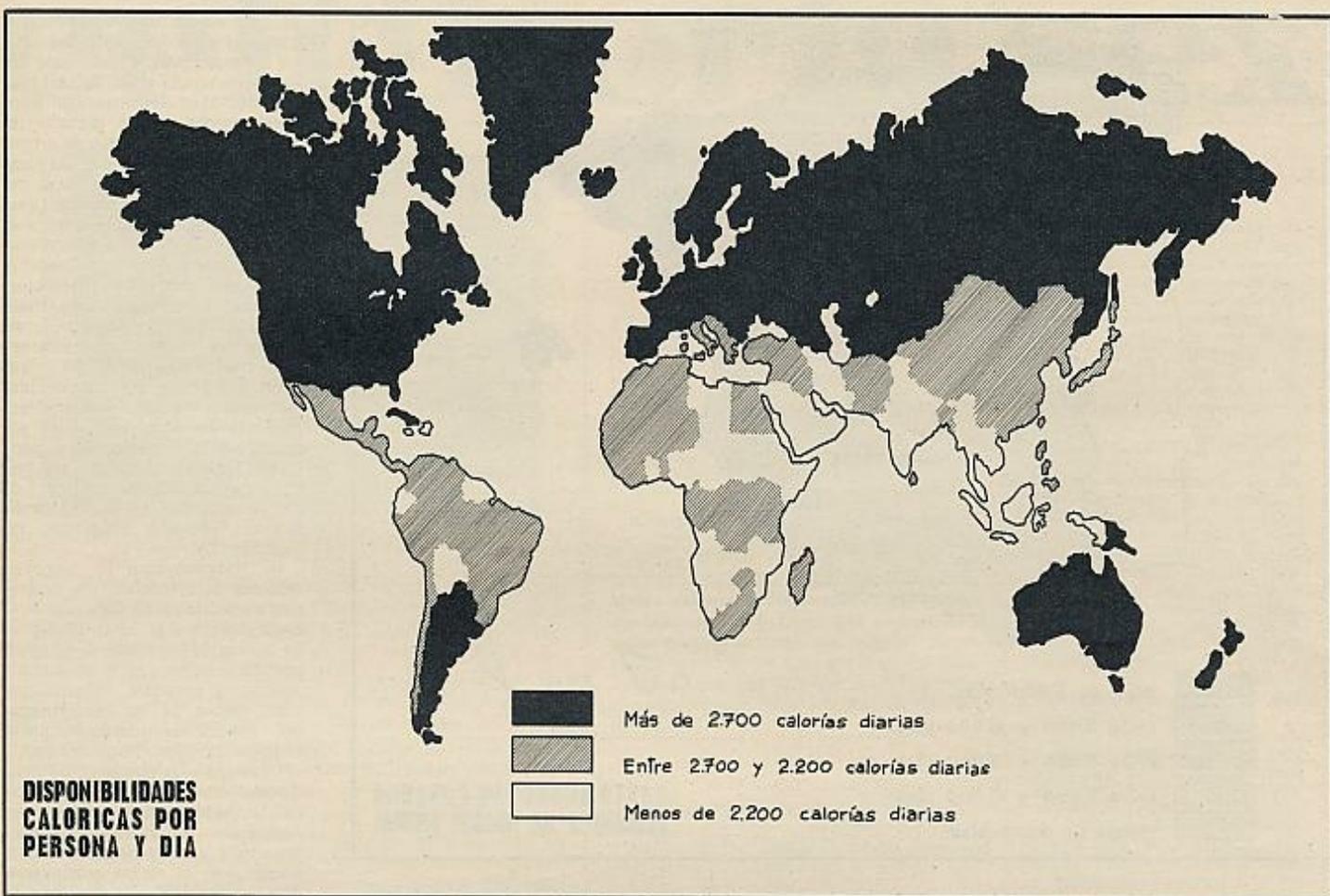
	Antes de la guerra — %	Últimos años — %
Más de 2.700 calorías diarias ... ..	30,6	27,8
2.200 a 2.700 calorías diarias ... ..	30,8	12,7
Menos de 2.200 calorías diarias ... ..	38,6	59,5

A la vista de los datos precedentes se puede constatar —según apunta F. Lery— «no solamente una disminución sensible de las disponibilidades calóricas medias para el conjunto del mundo, sino un aumento de la diferencia que existía entre las poblaciones bien nutridas y las poblaciones sub-alimentadas». Hace treinta años, la renta «per cápita» de un habitante de la India y de un norteamericano estaban en relación de 1 a 15; actualmente, esa relación es de 1 a 50. En la presente coyuntura, un verdadero abismo separa a los países ricos de los países proletarios. Y esta sima abierta entre super-desarrollo y sub-desarro-

llo se refleja en los porcentajes alimenticios cuantitativos. Así, por ejemplo, el nivel calórico medio de los Estados Unidos es de 3.130 calorías diarias por persona; el de la India es solamente de 1.700. Pero estos porcentajes no deben inducirnos a error: en Nueva Zelanda, cuyo índice calórico medio es el más elevado del planeta (3.250), la población blanca está generalmente bien alimentada, mientras los nativos de raza oceánica sufren toda clase de carencias nutritivas. Es obvio señalar que el nivel alimenticio está directamente condicionado, dentro de cada país, por la situación socioeconómica de los diferentes

# ¿hambre o sub-alimentación?

Por SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS



grupos humanos integrantes del conjunto nacional. No obstante, si admitimos que una determinada nación puede ser tenida, sin distinciones de carácter interno, como globalmente «rica» o «proletaria», comprobamos que existe una íntima relación —o más aún: una relación condicionada— entre el mapa del desarrollo económico y el del consumo calórico.

Pero los alimentos no han de ser valorados únicamente como fuente de energía. El organismo requiere otros elementos nutritivos cuya ausencia o escasez da lugar a diversas dolencias de tipo carencial. «En la historia de la nutrición —señala F. Lery— hubo la era de la caloría; luego, la de las vitaminas, que fueron consideradas durante mucho tiempo como una panacea; recientemente ha aparecido una noción nueva: la de carencia proteica». En contraste con las deficiencias alimenticias cuantitativas (energéticas), estas necesidades y sus correspondientes carencias podrían calificarse de «cualitativas». El «kwashiorkor» —también denominado «nutritional syndrome» y «distrofia pluricentrical»— es la típica enfermedad causada por carencias proteicas; suele afectar principalmente

a los niños después del destete (en algunos países africanos da lugar a índices de mortalidad infantil del 50 por 100). Las carencias minerales y vitamínicas, además de originar trastornos generales en el desarrollo del organismo, son causa frecuente de dolencias específicas: el beri-beri se debe a la carencia de vitamina B<sub>1</sub> (tiamina), el escorbuto está provocado por la escasez de vitamina C (ácido ascórbico), el bocio endémico procede de la ausencia de yodo, el raquitismo surge a consecuencia de la falta de vitamina D, la anemia ferropénica deriva de la carencia de hierro...

Si el panorama «cuantitativo» de la nutrición ofrecía notables diferencias entre los distintos grupos humanos, el «cualitativo» se nos muestra aún más radical. Muchas gentes, que poseen un decente nivel calórico, carecen en proporciones fundamentales de vitaminas, minerales y proteínas. En la actualidad, el 82,8 por 100 de la población mundial dispone de menos de 30 gramos diarios de proteínas de origen animal (cuando se estima que, para un adulto, el nivel medio de aminoácidos indispensables es de 90 gramos diarios).

Ningún país asiático o africano alcanza un nivel mínimo de 30 gramos diarios de proteínas animales por persona. En el continente americano, solamente Canadá, Estados Unidos y Argentina superan dicho nivel. En Europa (sin tomar en cuenta los países socialistas, sobre los cuales no se poseen informes fidedignos), las naciones mediterráneas (Portugal, España, Italia y Grecia) no alcanzan el nivel mínimo de 30 gramos diarios.

«Es curioso y triste constatar —indica el doctor Demetrio Casado en su obra «Perfiles del hambre»— que se ha alcanzado la posibilidad de destruir la Humanidad antes de haberla construido mínimamente... En la hora presente, mientras unos pocos bien informados temen morir violentamente y de manera súbita como consecuencia de una guerra atómica, cientos de millones de hombres se mueren realmente, de manera más o menos lenta y «natural», como consecuencia de su insuficiente alimentación».

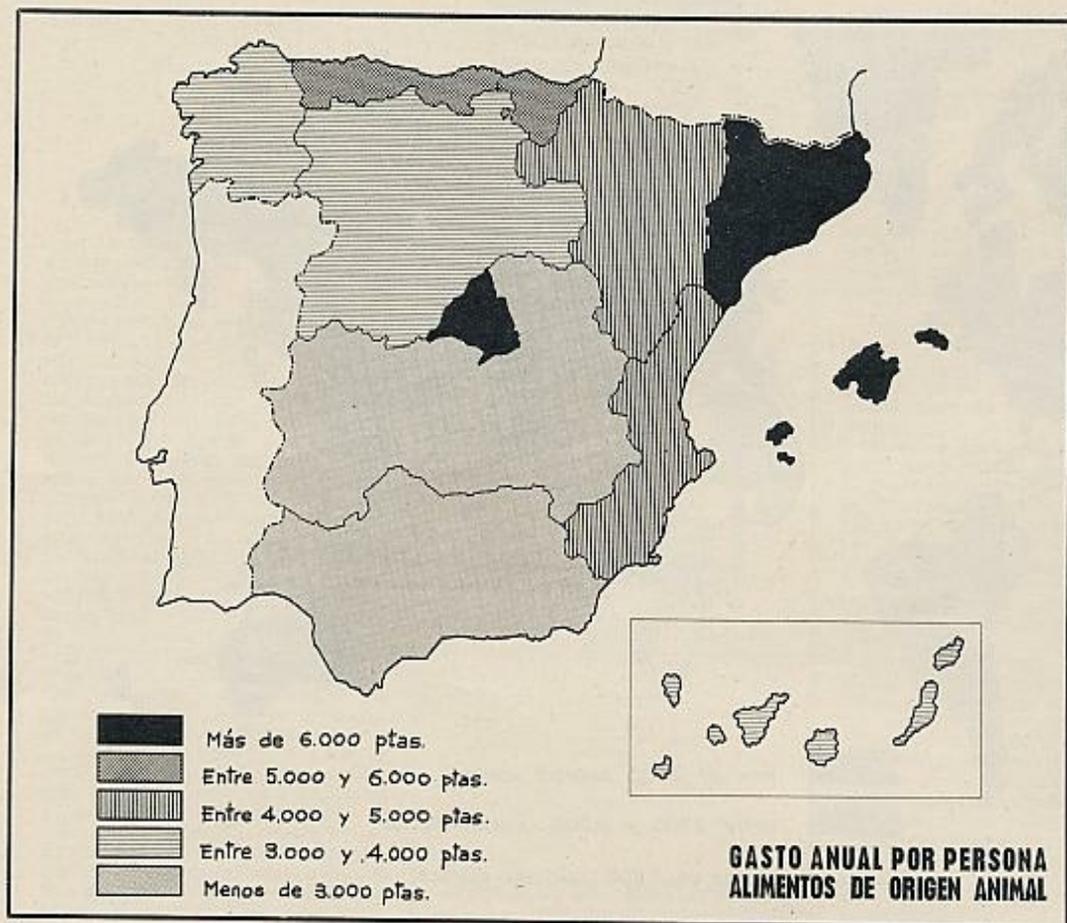
#### COMER EN ESPAÑA

Digamos que España ocupa un lugar intermedio entre los países

alimenticiamente super-desarrollados y los agobiados por toda clase de carencias nutritivas. No estamos, pues, en Holanda, pero tampoco en la India. El conde de Keyserling afirmaba que «para conocer el arte culinario de la Edad de Piedra no hay más que visitar a los pastores de las sierras españolas»; y Alejandro Dumas aseguraba que aunque la palabra «asado» ocupa un puesto en nuestros diccionarios, «ello no demuestra más que la gran riqueza del idioma español». Las opiniones sobre el tema son dispares. Gregorio Marañón, en un prólogo a un famoso manual culinario, escribió que «la cocina de España es una de las mejores del mundo y uno de los blasones más auténticos de su progreso». Pero no se trata de disertar aquí sobre el arte gastronómico español (sometido, naturalmente, a controversias de índole muy subjetiva), sino de enjuiciar con la mayor objetividad posible la situación alimenticia de los españoles. No hablamos de gastronomía, sino de bromatología.

El tema no parece despertar gran interés entre sus propios protagonistas. Es difícil hallar estudios teóricos y datos estadísticos

## ¿hambre o sub-alimentación?



en torno a esta cuestión. Quien tenga el capricho de hojear el «Anuario Estadístico de España 1970», recientemente publicado por el Instituto Nacional de Estadística, podrá enterarse de que durante el año 1968 se suicidaron cuatro viudas en la provincia de Lugo, o de que en la provincia de Badajoz existen 17 plazas de toros de edificación permanente con un aforo total de 85.800 localidades. Las estadísticas oficiales no son muy generosas en el terreno bromatológico.

Sabemos, por diversos conductos, que el español medio está en posesión de un nivel energético muy aceptable (2.810 calorías diarias por persona); ello se debe al consumo habitual de alimentos esencialmente calóricos: legumbres, grasas, cereales, bebidas... Sin embargo, este término de «español medio» peca de notoria ambigüedad; es insoslayable que existen palpables diferencias alimenticias entre unos y otros españoles. En un chiste feroz de Chumy-Chumy, publicado hace algunos años en esta misma revista, se decía que «la peseta sólo vale dos gramos del patrón jamón». La relación entre nutrición y situación socio-económica es vital e inseparable.

Ciertos «hábitos alimenticios» —desayunar sopas de pan en muchos pueblos de la meseta o implantar la primacía del gazpacho en grandes sectores de la gastronomía andaluza— no son debidos a mero capricho del paladar, sino a imposiciones de índole objetiva: medio ambiente, producción agrícola y ganadera, posición económica, etcétera...

Sin embargo, pese a la corrección energética de la alimentación española, existe una indudable sub-nutrición cualitativa. Ciertas carencias vitamínicas, minerales y proteicas están a la orden del día. Y su frecuencia guarda, por supuesto, relación inversa con la situación económica de las familias y grupos humanos.

Según los informes de la FAO, las disponibilidades proteicas de los españoles se cifran en 77 gramos diarios de proteínas totales (de los cuales sólo 23 gramos son de origen animal); si comparamos estos porcentajes con los de Estados Unidos, observamos que los norteamericanos disponen de 91 gramos diarios de proteínas totales, de los cuales 64 son de origen animal. El escaso consumo de leche —a pesar de hallarnos en una coyuntura excedentaria que, pa-

radójicamente, beneficia a las centrales lecheras y perjudica al ganadero y al consumidor— da origen a un claro desequilibrio dietético: se calcula que en nuestro país se consumen únicamente 125 litros por persona y año (cuando, en las naciones más desarrolladas, la cantidad de leche consumida oscila entre 200 y 220 litros). En Europa, únicamente Portugal ofrece un nivel proteico más bajo que el nuestro.

Pero estas carencias cualitativas no afectan por igual a toda la geografía peninsular. El consumo de alimentos de origen animal experimenta visibles diferencias regionales: el «catalán medio» come doble cantidad de carne que el «manchego medio». El hecho de insistir sobre la importancia de las proteínas de origen animal no se debe a un mero capricho personal, sino a razones exclusivamente científicas: los alimentos animales (carne, pescado, huevos, leche...) son, dietéticamente hablando, más ricos en todos los aspectos. Existe gran disparidad entre los resultados de una alimentación predominantemente vegetal y una alimentación esencialmente cárnica; en este segundo caso, los individuos están más desarrollados, gozan de mejor salud,

poseen mayor fortaleza física y más alto grado de inmunidad ante las enfermedades. En el mapa adjunto (elaborado sobre datos tomados del libro «Perfiles del hambre») vemos que el gasto anual por persona en alimentos de origen animal es muy diferente en las once regiones convencionales en él delimitadas (Madrid, Catalana, Vasca, Cantábrica, Aragonesa-Riojana, Levantina, Galaica, Castellano-Leonesa, Canaria, Extremeño-Manchega y Andaluza); estas diferencias, basadas en la disparidad de situaciones económicas regionales, se reflejan en datos antropométricos: los «mozos» madrileños del reemplazo militar de 1968 miden una talla media de 169,7 centímetros, mientras los andaluces miden solamente 167,3 centímetros; el perímetro torácico medio de los primeros es de 89,9 centímetros y el de los segundos es de 88,4 centímetros («Anuario Estadístico de España 1970»).

No tratamos aquí de proponer medidas para resolver los problemas alimenticios. En cada caso concreto deberá acentuarse la rigurosa aplicación de estos o aquellos medios: aumentos de la producción agrícola y ganadera, industrialización, mejora de las infraestructuras, política de educación, planificación familiar, financiaciones... «El hambre y la alimentación deficiente —han indicado los miembros de la Asociación de Científicos Alemanes— son expresión del sub-desarrollo y estancamiento económicos... Ni el rápido crecimiento demográfico ni la alta densidad de población dan lugar a dificultades alimenticias si van acompañadas de progreso económico». Los «mozos» del reemplazo de 1968 miden seis milímetros más de talla que los de 1964. Dentro de un siglo o dos, con un poco de suerte, llegaremos a ser tan altos como los suecos...

■ S. R. S.

### BIBLIOGRAFIA

- ASOCIACION DE CIENTIFICOS ALEMANES: «La amenaza mundial del hambre». Alianza Editorial. Madrid, 1970.
- DEMETRIO CASADO: «Perfiles del hambre». Ed. Edicusa. Madrid, 1967.
- JOSUE DE CASTRO: «El libro negro del hambre». Ed. Eudeba. Buenos Aires, 1964.
- JOSUE DE CASTRO: «Geografía del hambre». Ed. Cid. Madrid, 1964.
- MICHEL CEPEDE y MAURICE LENGUELLE: «Economía mundial de la alimentación». Ed. Salvat. Barcelona, 1956.
- FRANÇOIS LERY: «La alimentación». Ed. Martínez Roca. Barcelona, 1968.